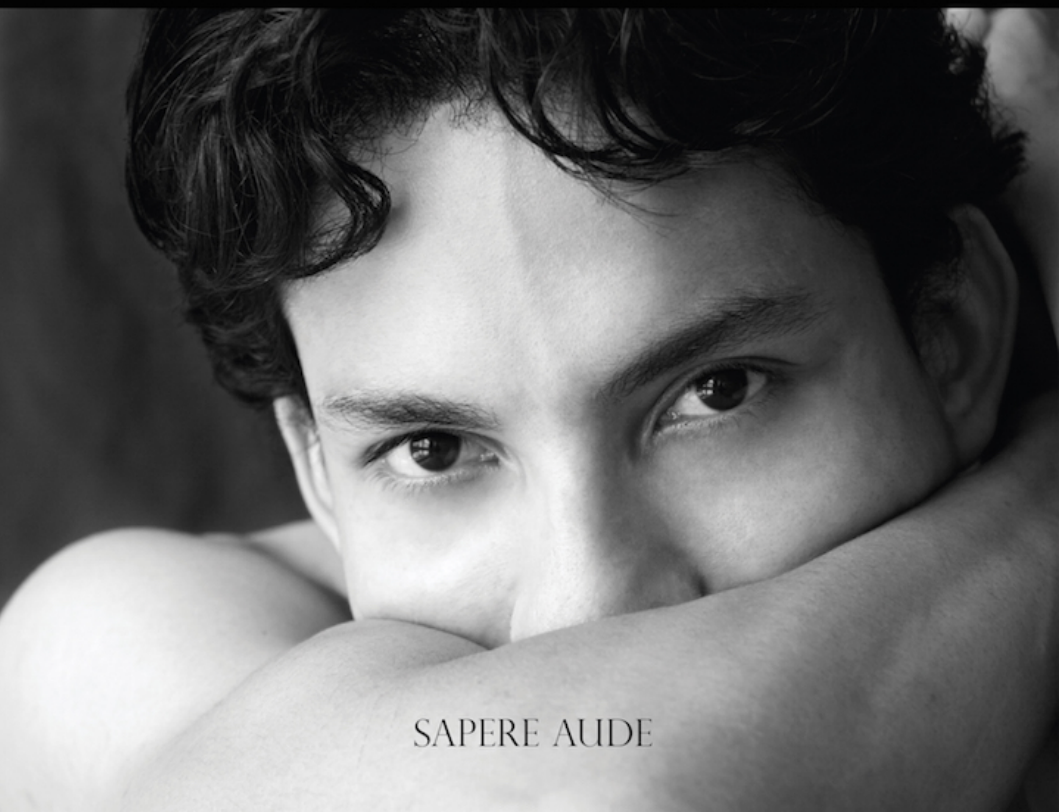


Pedro Menchén

CANTOS DE DESESPERACIÓN Y AMOR

Poemas en fase de destrucción



SAPERE AUDE

CANTOS DE DESESPERACIÓN Y AMOR

Pedro Menchén

CANTOS DE DESESPERACIÓN Y AMOR



ARS  POETICA

Pedro Menchén

CANTOS DE DESESPERACIÓN Y AMOR

Poemas en fase
de destrucción.

| POESÍA |

ARS  POETICA
boutique de poésie

Cantos de desesperación y amor
Pedro Menchén

© 2015 Pedro Menchén Torres
© 2015 Editorial Sapere Aude

EntreAcacias, S. L.
Mieres de Limanes, 17
33199 Siero - Asturias (ESPAÑA)
Tel.: (+34) 985 79 28 92
info@editorialsapereaude.com
pedidos@editorialsapereaude.com

1ª edición: noviembre, 2015

ISBN (edición impresa): 978-84-944201-8-4
ISBN (edición digital): 978-84-944201-9-1
Depósito Legal: AS 02975-2015

Impreso en España
Impreso por Ulzama

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

Para él, que nunca leerá este libro.

INDICE

Prefacio	13
CANTOS DE DESESPERACIÓN Y AMOR	19
Gritaré que te quiero	23
Voy a emborracharme	25
Que traigan flores	26
Estas manos	28
Soledad	30
Pasión	31
La noche	32
Una noche como la de hoy	34
Solo	36
Pensar en ti	38
Retrato de Julio Alberto Hillers	39
Llega la primavera	41
Manos de un adolescente obrero	42

Retrato de un muchacho obrero con mono azul	44
Yo os veo partir alegremente	46
ACERCA DEL AMOR Y EL DESAMOR	49
Diario de un escritor frustrado (inédito)	53
Impunidad en la noche (inédito)	61
Una playa muy lejana	64
Escrito en el agua	70
Datación de poemas	81

PREFACIO

Como la mayoría de los adolescentes sensibles y solitarios que buscan refugio y consuelo en los libros, yo comencé a escribir poesías desde muy joven, sin apenas darme cuenta, siendo casi un niño. Amaba la literatura y quería ser un escritor, pero sobre todo y ante todo, me consideraba a mí mismo un poeta. Cada poema que leía o que escribía era una experiencia mística. La poesía era la expresión más palpable de lo trascendente. Era algo más, mucho más que palabras. Era el lenguaje alado de los ángeles. Era belleza pura, era el aliento de Dios.

Este libro contiene los quince últimos poemas que restan de los más de cien que escribí entre 1971 y 1977 y que llegué a agrupar con el título general, un tanto pretencioso, de *Cantos de desesperación y amor*. Los demás poemas fueron destruidos, algu-

nos años después, en distintas ocasiones. En realidad, pensaba destruir también estos quince o, como mínimo, diez de ellos y salvar sólo cinco (y aún me parecían demasiados). A decir verdad, no creía que mereciera la pena salvar más que dos o tres poemas. No obstante, quise ser indulgente conmigo mismo y, de momento, guardé los quince poemas en una carpeta, sobre la que escribí una nota de advertencia: «Poemas en fase de destrucción», y los dejé ahí y me olvidé de ellos hasta hoy, en que me llega un correo del poeta J. Ricart, quien asegura conocer bien mi obra narrativa y añade: «Lo que no conozco es tu parte poética, si es que la tienes. Ya me lo confirmas». Pues sí, amigo, también yo tuve una parte poética. Motivado por la carta de J. Ricart, he vuelto a releer los malditos quince poemas, y lo he hecho de un modo frío y desapasionado, tratando de ser objetivo y honesto (si es que se puede ser objetivo y honesto en poesía, o incluso frío y desapasionado). Pero, ay, todavía tienen para mí un valor sentimental. Así que los absuelvo. Les perdono la vida definitivamente y los doy a la imprenta. Que el lector juzgue si merecen la pena.

En mi autobiografía, *Escrito en el agua*, expliqué por qué dejé de escribir poesías y me decanté por la narrativa. Tendría unos doce o trece años cuando

escribí mis primeros versos y unos veinticuatro o veinticinco años cuando escribí los últimos. En 1978, después de una exhaustiva selección y corrección de todos mis poemas, se los envié a un antiguo profesor y amigo mío, también poeta, ya que deseaba conocer su opinión antes de intentar publicarlos. La opinión de mi amigo tardó mucho en llegar y, cuando llegó, no fue precisamente positiva: «Son malos», me dijo. «No son publicables», y eso fue todo. No añadió nada más. Yo, que había esperado oír elogios, no supe de pronto cómo digerir sus palabras. ¡«Son malos»! Aquellas palabras me atravesaron como un rayo y me dejaron petrificado. Pocas veces he sentido un dolor tan intenso en mi corazón. Yo respetaba muchísimo la opinión de mi antiguo profesor. Sabía que era honesto y que decía la verdad, así que no intenté defenderme o contradecirle. Tampoco me enfadé con él o le odié por sus palabras directas, carentes por completo de eufemismos, incluso diría yo de delicadeza. Le agradecí la sinceridad y algunos días más tarde, después de una honda reflexión, decidí que ya no sería poeta. Pues yo no quería ser un poeta cualquiera, sino un buen poeta, un gran poeta y, si eso no era posible, mejor cambiar de vocación. Tenía varias, todas ellas artísticas, así que podía elegir: me gustaba la música

ca, me gustaba la pintura y, sobre todo, me gustaba la narrativa. La poesía lo había sido todo para mí hasta entonces y ahora me había quedado sin nada, así que tenía que agarrarme a algo urgentemente para darle sentido a mi vida. Probaría con la narrativa. Quizá mi verdadero talento estaba en la narrativa.

Durante mucho tiempo conservé el manuscrito de *Cantos de desesperación y amor* con aquellos cien poemas originales, pero llegó un día en que decidí, por fin, poner un poco de orden entre mis papeles y destruí la mayor parte de los textos que había escrito de niño y de adolescente. Me deshice sin contemplaciones de tres novelitas primerizas y de muchos otros textos, tales como diarios o relatos. Al llegar al manuscrito de *Cantos de desesperación y amor* me lancé sobre él con una furia devastadora (podríamos decir incluso inquisidora) y comencé a arrojar poemas al fuego sin el menor remordimiento, a pesar de que me había costado sudor y lágrimas componer y pergeñar los versos de muchos de ellos y les había dedicado semanas o meses, si no años. Sólo me detuve, fatigado por el esfuerzo, cuando quedaban veinticinco poemas. Pero aún me parecían demasiados, ya que eliminé otros diez algún tiempo después. Los quince restantes los guar-

dé, provisionalmente, en una carpeta con la anotación: «Poemas en fase de destrucción», pues sinceramente tenía el propósito de eliminarlos algún día, pero me olvidé de ellos y el correo de J. Ricart, de algún modo, ha venido a salvarlos. Así, pues, el lector tiene en sus manos un libro de poemas que, virtualmente, no existe.

Para compensar su menguado número de páginas, incluyo en un apéndice una breve selección de textos, extraídos de mis obras (publicadas o inéditas), en las que hago alguna reflexión sobre el amor o el desamor.

P. Menchén

Benidorm, marzo de 2014

CANTOS DE
DESESPERACIÓN
Y AMOR

Se marchó una mañana sin luz
de gatos pálidos sobre tejados rojos.
Se llevó su secreto
y no nos dejó nada
más que unos cuantos versos.

PASCUAL ANTONIO BEÑO

Gritaré que te quiero

Voy a extender mis brazos al aire
y voy a elevar mis ojos al cielo,
me quedaré desnudo en medio del campo
y ensuciaré de tierra mi cuerpo.

Allí, lejos del mundo,
donde la gente no me oiga,
gritaré con todas mis fuerzas que te quiero.

Y después correré hasta la casa,
hollaré con mis pies desnudos el suelo,
me asomaré a las ventanas,
subiré hasta el tejado y, en el silencio,
donde nadie me oiga,
gritaré que te quiero.

Gritaré que te quiero a los sordos
y a los mudos les diré con mil señas lo que siento,
luego correré hasta el campo desnudo
y entregaré a la noche mi cuerpo,
extenderé mis brazos al aire
y elevaré mis ojos al cielo.

Igual que un pecador muy grave,
me hincaré de rodillas en el suelo
y allí, donde solamente Dios me juzgue,
gritaré con todas mis fuerzas que te quiero.

Voy a emborracharme

Voy a emborracharme por ti esta tarde
pues quiero perder la memoria
y olvidar que existo.

Quiero dejar de sentir y de llorar,
quiero que mi cuerpo cansado
duerma su tristeza durante mucho tiempo
para despertar después,
cuando todo haya pasado.

Voy a emborracharme por ti esta tarde,
voy a beber durante horas y en silencio
como quien bebe, en la muerte,
la última oportunidad de su tiempo.

Voy a beber y a beber,
hasta que no sepa lo que hago,
a ver si así, en la inconsciencia,
se aleja de mi alma el sufrimiento.

Que traigan flores

¡Que traigan flores, que traigan flores!
¿Es que ya no hay flores?
¿Es que nadie conoce las flores?

Que llenen mi cuarto de flores,
que adornen mis ventanas con flores,
que cubran mi cuerpo de flores.
¡Que traigan flores, que traigan flores!

Que quiero dormir por las noches rodeado de flores,
que quiero despertar cada mañana con fragancia de flores.
que quiero sentir de nuevo, en mis labios, las flores,
¡Que traigan flores, que traigan flores!

Que llenen mi cuarto de flores,
que adornen mis ventanas con flores,
que inunden mi cama de flores,
que cubran mi cuerpo de flores,
que siembren mi pelo de flores,
que colmen mis manos de flores.

¡Que traigan flores, que traigan flores!
¿Es que ya nadie conoce las flores?

¡Yo quiero que traigan flores,
que busquen flores,
que me devuelvan la esperanza con flores!

Estas manos

Para Cristo Rodríguez

Estas manos que acariciaron tu silencio
hoy ya no sienten la tristeza.

Estas manos, mis manos,
tú sabes cómo son.

Son como el viento y el agua,
son como el barro y la piedra,
como el fuego y la ceniza,
como soy yo: pobre e imperfecto,
inútil, quizá, innecesario.

Mis ojos y mi espíritu están en estas manos,
trasluce a través de ellas el dolor,
pero ya no sienten la tristeza
(propaga su sombra el viento a ráfagas
y acarician mis dedos el mar y los campos).

Mis labios se han quedado secos,
mi cuerpo inmóvil.
Ningún gesto.

¡Yo no me iré!

El eco de tu voz partirá hacia mar adentro
y después...

(yo ya estaré lejos, lo estoy, ya lo estoy)

no me moveré,
me quedaré en silencio.

Después...

(siempre hay un después
tal vez porque nunca hay nada)
extenderé mis manos al aire
para que propague su sombra el viento.

Soledad

Iba andando.

Las sombras de mi cuerpo se hacían difusas
por el espacio en calma.

Cada brazo, cada músculo,
las piernas, los cabellos,
eran nubes gigantes
que arrastraba el viento a cada paso.

El mundo era un desierto.

No había árboles, ni sol, ni agua, ni gente,
y mi sombra, la sombra de mi movimiento,
avanzaba lentamente por el infinito,
sin sentir el paisaje ni las horas sucesivas
que a cada segundo dejaba atrás,
ni el misterioso abismo que se abría a mis pies,
cuya senda de duda y pánico
me llevaba sin sentir,
e irremediabilmente,
hacia un destino desconocido,
inacabable, eterno.